

124
L. LOPEZ GOMERA

"El Tiempo.

La Política

Ciudad.

económica

del Sr. Villazón

(Artículos publicados en los Nos 141, 142, 143
y 144 de "La Epoca". - Corregidos)



LA PAZ



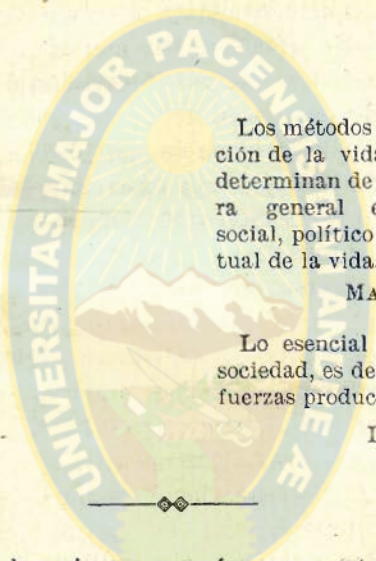
IMP. VELARDE. — YANAGUACHA 115 - 117 - 119.

1909

1909/14

F 330
G 633 p

REPÚBLICA BOLIVIANA
UNIVERSIDAD MAYOR DE SAN ANDRÉS
BIBLIOTECA CENTRAL
La Paz — Bolivia



Los métodos de producción de la vida material, determinan de una manera general el proceso social, político é intelectual de la vida.

MARX.

Lo esencial para una sociedad, es despertar sus fuerzas productivas.

LIST.

Las declaraciones económicas contenidas en el programa — discurso del señor Villazón, no han despertado suficientemente la atención pública; no han sido apreciadas en la medida de su amplitud. Sin embargo son importantes. Especialmente, si se las considera como un enunciado desprendido de las concepciones esenciales que ahora informan la política universal, son realmente importantes.

Las razones de esta incomprensión — incomprensión que no es sino un caso de la ininteligencia general que afecta nuestra mentalidad colectiva — se explican fácilmente.

Nuestros hombres públicos no se encuentran preparados para abordar cierta clase de cuestiones elevadas; su intelectualidad moldeada exclusivamente por las necesidades circunscritas de nuestra vida interna incipiente, ha perdido la facultad ágil de afrontar los problemas de una socialidad encumbrada y resolverlos satisfactoriamente. No conocen las causas iniciales que han determinado la transformación de las sociedades modernas; sus recursos, sus exigencias; la complicación enorme de su plasma móvil, las varias modalidades de su expansión siempre creciente, la orientación nueva de sus aspiraciones incolmables; todas las manifestaciones de la vasta y compleja trama que forma la vida contemporánea, múltiple, cambiante, cosmopolita. Su pensamiento se encuentra retardado un siglo del pensamiento moderno. Hablan todavía el lenguaje ingenuo que modulaban los teóricos de la Revolución Francesa, las democracias, el liberalismo, la soberanía popular, los derechos del hombre, el gobierno presidencial, la pureza del sufragio, las libertades públicas, el equilibrio de los poderes postulados políticos todos, muertos, olvidados. Ignoran que el mundo cambia de aspecto con el transcurso de los siglos; ignoran que mientras hemos vivido abstraídos una centuria en el debate interno de nuestros pequeños intereses, otros son los móviles que el impulso humano ha puesto al servicio de su despliegue evolutivo; otros los modos de acción de que se vale. Naturalmente toda idea que perturba ese estancamiento psíquico, toda noción que trata de encajar en los moldes estrechos de una concepción tal, resbala necesariamente por la superficie de esa cerebración congelada á la época de la Revolución.

Cada época tiene un sello peculiar que la distingue de los demás. La humanidad en el curso de su desdoblamiento histórico, según los tiempos, según los grados de su escalonamiento progresivo, encuentra siempre un determinado orden de problemas que embarazan su marcha ascendente; el caracter de estas dificultades, los estados mentales que ellos suscitan, los medios empleados para vencerlos, son los elementos que prestan á cada edad los rasgos distintivos de su fisonomía especial. El siglo pasado discute la estructura política de las naciones; la Edad Media mística, inquiere las cuestiones religiosas; los romanos son conquistadores; artistas los griegos nuestra época es económica: son los modos comerciales é industriales los que preferentemente ocupan el pensamiento moderno.

El hombre de hoy no debate las formas estructurales del gobierno estatal, no se apasiona ya por el dogma religioso; en cambio, discute los problemas de la alimentación, los del vestido; disputa encarnizadamente por el dinero que simboliza esas necesidades. Los pueblos actuales no se ocupan ya de las « libertades italianas », conculcadas, no luchan por los « santos lugares » profanados; pero, se baten enconadamente por los mercados comerciales, por las colonias consumidoras, que le descarguen de su plétora de hombres ó su producción congestiva: la riqueza individual ó pública, es lo que constituye la preocupación dominante de los estados modernos. El imperialismo inglés que llega á su apogeo, el alemán que trata de alcanzarle, el japonés, el yanqui que se inician — el imperialismo, necesidad lógica de los pueblos fuertes, de todos los pueblos que engrandecen en

la prosecucion de sus destinos providenciales — no tienen por ahora otro resorte, que el resorte harto material si se quiere, pero humano, de las preponderancias económicas.

Las circunstancias causales que han operado la transformación económica de las sociedades modernas, han llegado hasta nosotros; han llegado tarde, débilmente, en proporción á la distancia mental que nos separa de esos centros, pero era menester que llegasen impedidas por la ley que preside la propagación de los acontecimientos humanos. La vida actual de los pueblos se halla estrechamente vinculada á los medios económicos de que disponen; se podría afirmar que se encuentra en relación directa de la riqueza poseida por ellos; solo los pueblos ricos tienen á su alcance los elementos eficaces que garanticen su vida independiente, su existencia como entidad política. Si nosotros, á quienes la experiencia propia ha demostrado que la vida de los países depende principalmente de la preponderancia de sus vecinos, deseamos conservar los restos de nuestra nacionalidad mutilada; si esperamos preservarla de los riesgos que ofrece las contingencias de un porvenir inseguro, debemos buscar en los factores coetaneos que elaboran el poderío moderno, los elementos necesarios para conseguir ese propósito. Solo en el punto donde van todas las naciones del mundo á encontrar las fuentes del poder contemporáneo, podemos pretender nosotros encontrarlos razonablemente.

La política del señor Villazón ajustado á las conclusiones catalácticas que forman la política

universal, responde ampliamente á la necesidad interna de nuestra modificación social. Para dar de sí todos los resultados apetecibles, le bastaría situarse dentro de las condiciones especiales de nuestro medio y de nuestro tiempo y hacerse cargo del papel que desempeñamos ó debemos desempeñar en la convivencia internacional. Es una política nueva distinta de la seguida hasta aquí; abandona como tal ó supone abandonar los viejos métodos gubernativos con los cuales nuestros administradores ignorantes han inmovilizado las fuerzas vivas del país, las han desecado. Es una política importante; manejada con inteligencia podría llevar al país á una regeneración más sólida, más extensa, que la que ha podido realizar el cambio sucesivo, en el poder, de nuestros partidos políticos.

Mi propósito al establecer estas distinciones — debe hacerlo constar — no es el de formular el aplauso incondicional é imbécil que usualmente se pronuncia alrededor de todo programa presidencial, de toda actitud electoral; no siquiera es el de remarcar sistemáticamente la vulgaridad anodina del mandatario actual; se limita á constatar un acontecimiento diferencial, una mutación antitética en los conceptos de nuestra política interna. Nos hallamos en un periodo de transición. Nuestra política al prescindir deliberadamente de los antiguos inútiles rumbos para emprender con otros más conformes á nuestra idiosincracia nacional, ha producido un hecho; un hecho que seguramente es político, pero que, como producto inmediato de nuestra socialidad, es ante todo un acaecido social. Mi propósito, entonces, se reduce á poner

de relieve, con los medios comparativos de un criterio sociológico ese acontecimiento; el momento de esa transformación.



El mecanismo de la riqueza individual ó colectiva — entendiéndose por riqueza la diferencia resultante entre las « utilidades » producidas y las que se consumen — es idéntico en el fondo. En rigor no existe la riqueza pública propiamente dicha; es á la suma de bienes acumulada por los distintos individuos de una nacionalidad á la cual debe referirse cuando se habla de ella.

Se puede sin duda, trazar deductivamente el proceso de ese mecanismo, á la manera como lo hacen los manuales de Economía, empero se obtienen mejores resultados con la investigación directa de los hechos. La riqueza como todo suceso social, en el cual intervienen componentes de índole diversa, es esencialmente compleja; la investigación puramente lógica de ella, no pudiendo abarcar todos los incidentes probables que pueden complicarla en la práctica, conduce necesariamente á una teorización siempre incompleta. Es preferible considerar ese proceso en la realidad misma de los acontecimientos. Especialmente si se le indaga en la fenomenalidad de un país dado, si se le toma como un punto de partida indispensable para apreciar una serie de sucesos emergentes ó para justificar políticamente un conjunto de medidas que influyan sobre ellos, hay una mejor posición crítica en contemplarlos en sí mismos. La observación directa de un grupo ejemplar de sucesos económicos, no solo nos llevaría á verificar todos

los modos posibles por los cuales se elabora la riqueza, sino, lo que es más, nos puede llevar también á sorprender en el mismo trance de la gestación, las distintas facetas por las que pasa el desarrollo genético de la riqueza pública; de la riqueza pública, que es cabalmente de la que se ocupa la Política.

La Economía no es, no debe ser una ciencia puramente especulativa, una disciplina de principios abstractos aplicables á todos los pueblos en todos los tiempos, tal como la concibieron los fundadores de la escuela liberal é individualista de Manchester; es ante todo la interpretación de un conjunto de estados empíricos, una ciencia de hechos igual á la Anatomía ó la Biología; debe ser en consecuencia, una disciplina inductiva, análoga á la que imaginaron Roscher, List ó los Socialistas de Cátedra. Los principios de su incumbencia para llenar este fin, tienen que ser recogidos en el terreno de las experiencias sociales correspondientes á las diversas etapas evolutivas de los pueblos.

Entre los distintos métodos con los cuales se elabora la riqueza económica el que ofrece más ventajas en su examen, es el modo de las Exportaciones. Aislado como está, de los otros modos por los caracteres internacionales que reviste, se presta á ser analizado libre de confusiones; después, la Política misma, con los datos suministrados por la naturaleza de la exportación constituida en un grupo de fenómenos definido, puede actuar sobre ese grupo, sobre los grupos contiguos además, con un mayor esesembarazo. Son los proce-

dimientos de la exportación los que deben servir para describir, entre nosotros, la formación de la riqueza pública.

Colocados nuestros artículos de exportación en los mercados extranjeros, esos artículos deben ser vendidos al « precio corriente » establecido para ellos en esas plazas; aun más, es forzoso que sean vendidos á esos precios. Es decir, nuestra exportación, como la exportación de todos los países, encuentra en el extranjero, como situación necesaria, el imperio de una clase de precios establecidos de antemano, á los cuales debe someterse obligadamente.

A qué cumulo de circunstancias se debe el establecimiento de ese precio corriente, cuales son los motivos que lo determinan? La cuestión no está suficientemente aclarada, no obstante para el caso, no es indispensable conocerla á fondo; basta saber que ese hecho existe.

El precio corriente establecido en las plazas extranjeras, no solo influye en el valor de nuestros productos en esos mercados, más también influye en el precio de todos nuestros artículos cualesquiera que ellos sean, exportables ó nó, en nuestros propios mercados. El valor de nuestros productos exportables en nuestras plazas comerciales, es el mismo que el importe de estos artículos en el extranjero (Londres, París, Nueva York), menos los gastos de transporte y la ganancia del exportador; el comerciante exportador que conoce bien el mecanismo de este sistema, arregla el precio de sus compraventas cabalmente por los cablegramas que á diario recibe de la bolsa de

Londres. A su vez, el valor de nuestros artículos no exportables, á pesar de que en apariencia nada tiene que ver con los mercados extranjeros, se rige también por el precio corriente de esas bolsas: el importe de nuestras mercancías en nuestras plazas de consumo, es el mismo que el de esas mercancías en París, Londres, Nueva York ú otro punto cualquiera relacionado con esas poblaciones, menos los gastos que ocasionaría el traerlas aquí, menos también la ganancia del importador. Nuestra producción general entonces, se halla íntegramente sometida á los precios reinantes en los mercados extranjeros y á las varias oscilaciones de ese precio de consiguiente.

En otros términos, considerando además que todos los países exportadores se encuentran en iguales condiciones que las nuestras, esto, significa que, para cada producto de los nuestros, que para cada artículo de todos los otros países, existe un precio de venta único y que ese precio, con indiferente fatalidad regula el valor de la producción universal. El importe de cada producto, restadas que sean las diferencias individuales de su elaboración, restados todos los factores accidentales que complican el fenómeno sintético de la « oferta universal », es igual en Buenos Aires, La Paz ó Lima, que en Londres, París ó Hamburgo; el mismo en todas partes. Y ese precio al cual es preciso sujetarse si se desea figurar en el intercambio universal, si se quiere obtener una participación en los beneficios que reporta ese intercambio, se revela á la conciencia económica, en los anuncios gráficos con los cuales las lonjas extranjeras señalan el valor de todas las mercaderías.

Liquidada la venta, es decir, deducidos los gastos que hubiera podido ocasionar el envío de esos artículos fuera, queda para el comerciante un saldo, una ganancia; ese beneficio no consumido, dedicado más bien á la re - producción, es lo que constituye la riqueza del exportador; riqueza adquirida por medio de la exportación. A su turno, esa riqueza comercial, de la misma naturaleza que la económica: « todas las cosas útiles que pueden satisfacer nuestras necesidades », ganada por el exportador, ganada por todos los exportadores, por todos los que contribuyen incidentalmente á esa exportación, jornaleros, porteadores, comisionistas, constituye los sumandos de la riqueza nacional; es la riqueza pública misma elaborada por el modo de las exportaciones. La riqueza suministrada por la exportación al individuo ó al país, que emana de la diferencia entre el « precio de costo » indígena y los de venta extranjeros, se efectúa entonces, de la misma manera que toda otra riqueza; en el fondo es la misma: procede siempre, como se dice en lenguaje económico, de la diferencia entre las utilidades entregadas y las recibidas, única fuente posible de la riqueza crematística. La distinción consistiría únicamente en que en lugar de entregar nuestros productos al consumidor nacional, lo damos al exportador que los vende fuera.

Nuestra riqueza nacional en este entendido, depende principalmente de las alteraciones que sufre el precio de nuestros artículos en el mercado exterior. Si el valor de nuestros productos sube en esos mercados nuestra riqueza aumenta sin crónicamente con esa alza; por el contrario, si esos precios sufren un descenso, nuestra riqueza

disminuye paralelamente á esa caída; y cuanto más rápidas, cuanto más violentas son las oscilaciones de esos precios, más insegura é inestable deviene nuestra riqueza pública. Suponiendo que dentro de los acontecimientos normales del proceso económico, subieran de precio en el extranjero á la vez, todos nuestros productos, el café, la goma, el estaño, el maíz, la quina, el cacao, en resumen todos los artículos de nuestra producción potencial, una era de prosperidad ilimitada se abriría para el país; los tenedores de esos artículos encontrarían un mejor precio por su mercancía, mayor número de personas se ocuparían de esos negocios, un territorio más extenso se dedicaría á esas explotaciones, nuevas vías de comunicación se abrirían para la salida de esos productos, la inmigración acudiría en masa, el crédito se ensancharía; en una palabra, una corriente de actividad desconocida circularía en el país prestándole nueva vida. Al contrario, si el valor de nuestras exportaciones actuales bajase, un cambio diametralmente opuesto acontecería; nuestro intercambio disminuiría ó se anularía totalmente; el comercio falto de estímulos efectivos, se atrofiaría en su mayor parte; nuestras industrias extractivas sin objeto práctico, desaparecerían de nuestra organización mercantil; en suma, el desfallecimiento mortal de una indigencia incurable acabaría con la escasa vitalidad de nuestra existencia nacional.

El procedimiento que enriquece á un país por la exportación, es sencillo como se ve; en el fondo es el mismo viejo sistema de ganancia obtenida por el cambio ó la venta que practicaban nuestros antepasados prehistóricos, el mismo que se realiza todos los días en todas partes. Para recoger una

suma mayor de riqueza por ese sistema, para obtener toda la que pudiera desearse, no habría otra cosa por hacer que extremar el uso de esos procedimientos ensanchándoles indefinidamente. ¿ Por qué no ampliamos nuestra exportación ? ¿ por qué no remitimos fuera más estaño, más goma de la que enviamos; por qué causa no despachamos todos los géneros de nuestra producción, la coca, el cacao, los trigos, el café, el maiz, el arroz ?

La respuesta con formar el núcleo mismo de la cuestión es fácil: producimos caro; nuestra producción general rodeada de una serie de dificultades dentro de las cuales juega un papel importante la geografía nacional, resulta excesivamente costosa. El comerciante para explicar esa situación dirá que la mayor parte de nuestros productos no son exportables, porque vendidos en el extranjero, á causa de su alto precio entre nosotros, á causa también de los subidos gastos de transporte, en vez de rendir una ganancia cualquiera solo darían pérdida; el economista á su vez dirá que esos artículos, producidos con gastos elevados que los ponen por encima de los precios corrientes normalizadores de la producción universal, son inútiles para realizar el intercambio económico; de todos modos, que esa producción se hace fuera de las condiciones normales con las cuales se efectúa la producción universal. De aquí se deduce una lección política que nunca deberían olvidar nuestros hombres públicos: el nivel actual de los precios corrientes en el extranjero, coarta nuestra exportación casi hasta imposibilitarla, nos impide efectuarla en grande escala, de consiguiente nos impide también labrar la riqueza nacional.

La manera única de salir de esta situación embarazosa, indicada por la experiencia universal, indicada sobre todo, por el encadenamiento armónico de los hechos, sería abaratar la producción. Si el costo excesivo de la mayor parte de los artículos de nuestra producción nos inhabilita para venderlos en el extranjero, si por otra parte, no somos dueños de modificar á voluntad los precios existentes en esas plazas, no queda otra solución posible que la de aminorar los « gastos de producción » en la medida de lo posible; esto es, producirlos con el menor de los esfuerzos esperables. Nuestro desarrollo nacional retardado, lento; la insignificancia actual de nuestra personalidad colectiva; el número prodigioso de nuestros descalabros internacionales; todos los incidentes lamentables de nuestra existencia pública vivida sin brillo, sin lozanía, pueden referirse en último término á esa circunstancia económica: no somos bastante poderosos, no hemos podido ser un pueblo fuerte porque no hemos sabido ser ricos. Toda política inteligente fundada en los intereses del país, que desee sinceramente enmendar los errores pasados, que busque el afianzamiento de nuestra nacionalidad vacilante, debe volver sobre ese detalle material de la vida pública.

Abaratar la producción supone colocar nuestros artículos al nivel de los precios extranjeros; ponerlos á la altura de esos precios, equivale á concederles la cualidad de hacerlos exportables; hacerlos exportables arguye la posibilidad de venderlos con beneficio, de encontrar la riqueza; por tanto, en una última síntesis, rebajar los gastos de producción significa para el individuo ó la

nación la facultad de poder enriquecerse, de engrandecerse por la riqueza. La exportabilidad de una materia deberá ser, en lo sucesivo, la señal inequívoca, reveladora de que los productos de un país preparados para ingresar en condiciones normales al intercambio universal, se encuentran capacitados para suministrar una riqueza mayor. (1).

Ahora bien, este hecho de percepción sencillísima, que todos los días se opera á nuestro alcance, indicado por el curso mismo natural de los acontecimientos, pero ignorado por la ineptia insuperable de nuestros hombres públicos, es el que en tesis general, se propone el señor Villazón. Toda su política económica debe girar al rededor de este eje importante.

La empresa no es fácil. A pesar de su simplicidad doctrinaria, su ejecución se encuentra erizada de dificultades de todo orden, geográficas, étnicas, morales, inútiles de mencionar ahora. Basta decir que el señor Villazón, es en los ferrocarriles, es decir, en esos instrumentos comprensivos, dedicados por su destino á incrementar el desarrollo industrial de un país, donde ha de encontrar el mayor obstáculo para sus designios. El absurdo de esos ferrocarriles consiste precisamente en eso: inventados para abaratar la producción, para ensancharla con ese abaratamiento, entre nosotros, á causa de los elevados precios con

(1). Esta doctrina de la « exportabilidad » como criterio de la producción hecha en términos económicos, importantísima desde el punto de vista político, creo ser el primero en haberla deducido. Sin embargo no puedo afirmarlo positivamente, por no haber tenido tiempo de comprobarlo.

los cuales han sido construidos, en vez de facilitar ese ensanche, lo imposibilitan con sus excesivos fletes.

La solución del problema depende, en este caso, principalmente del acierto con el cual se maneje la cuestión. La reducción de los precios de costo, como la producción misma, como la exportación, como casi todos los problemas de la Economía aplicada, no son mecanismos ciegos engranados por sí mismos, en los cuales basta tocar un muelle para ver funcionar todo el montaje; son procedimientos intelectuales delicados, de índole diversa á veces, dependientes siempre del sujeto que los emplea y que es indispensable aplicarlos con arreglo á una lógica especial, á la lógica política, que es cabalmente la de cada momento histórico. La solución del problema requiere ciertamente las condiciones de decisión, energía, constancia, pero ante todo depende de la habilidad con la que se le conduzca.



Variar solo los objetos de la Política no sería resolver la cuestión. El hecho de que la solución del problema depende ante todo, de los medios que se empleen para resolverlo, indica claramente, que es preciso modificar también los procedimientos políticos usados hasta la fecha; un éxito total en este asunto no podría esperarse razonablemente si no se cambiasen los actuales métodos arcaicos. Los gobiernos que entre nosotros, se den cuenta exacta de nuestra situación personal relacionada con el movimiento evolutivo realizado universalmente, que deseen, poner, con los medios adecua-

dos al nivel de ese movimiento general este nuestro agregado social incoherente, de elementos dispersos, al cual con infinita inocencia llamamos nuestra nacionalidad, deben proceder en esa forma.

La Política ha variado con los tiempos. No es ya ese confuso hacinamiento de hechos inconexos derivado de las concepciones teológicas de la Edad Media; no es tampoco la suma de nociones aprióricas emanadas del racionalismo formal, subjetivo que ha informado la filosofía del siglo pasado; es ó trata de ser un conjunto de principios positivos, deducido de las leyes que presiden el desarrollo gregario de las sociedades humanas, coordinado cada vez más en el enlace de una disciplina social. Es decir, la Política se hace científica. Sus criterios abismados antes en las especulaciones metafísicas de un trascendentalismo irreductible, se inspiran ahora en las deducciones aportadas por las ciencias sociales particulares, el Derecho, la Moral, la Biología, la Economía, la Pedagogía, etc.; la atención que presta al despliegue histórico de los pueblos, á sus necesidades, costumbres, al influjo que sobre estas necesidades ejerce la étnica y la geografía; el interés que toma por la forma peculiar de evolucionar que tiene cada nacionalidad, son pruebas evidentes de esa tendencia científica. En el fondo la Política, sufre la misma transformación positiva que soportan actualmente todas las ramas del saber humano. Era necesario que así fuera. La vida entera, individual ó colectiva, trata de apoyarse en los dictados de la ciencia; no se podría actualmente desplegar las energías auténticas de una vida intensa, no se podría

ejercitar acertadamente el predominio biótico, que es la razón de la existencia, sino se pudiera dejarse guiar por las prescripciones de la ciencia. La Política encargada de llevar á los pueblos á la consecución de su destino colectivo, de apartar de su camino los obstáculos que le impiden avanzar, no podría llenar su misión, si no se sometiera íntegramente á las exigencias científicas de la época.

Entre nosotros la política tradicional, ha fracasado totalmente. Esa política instintiva, rutinaria, único equipaje administrativo de todos nuestros mandatarios cándidos, de Montes, Pacheco, Baptista, Alonso, de Melgarejo, Daza, Belzu, Achá, para no ir lejos; impotente para prever los contratiempos más próximos de la vida nacional é incapaz de subsanarlos una vez producidos; que en mejor caso se puede comprender en el dictado benévolo de política del «buen sentido», acaso también de la «buena voluntad»; esa política simplista personal que en la acción se muestra francamente brutal con el militarismo ignaro ó encubre en los civiles, la torpeza de sus actos con las apariencias de una suficiencia satisfecha, — cómicamente satisfecha — esa política, digo, nos ha conducido directamente al desastre, á la bancarrota general. En el exterior nos ha llevado el desprestigio internacional y á la mutilación geográfica sistemáticamente llevada á cabo por nuestros colindantes cada vez que aparece una zona codiciable; en el interior nos ha empujado á la miseria económica y al aplanamiento moral, que trae consigo el despotismo. Esa política estólida, con todos los tratados libre cambistas que ha

pactado con nuestros vecinos, ha extinguido al nacer la mayor parte de nuestras industrias, ha estancado nuestra producción; esa política imprevisora, con la entrega de los territorios del Pacífico, los del Acre, y la márgen derecha del Paraguay, nos ha privado de los productos industriales del salitre, la goma, el borax y ha entregado al enemigo las insustituibles llaves comerciales del Beni, nuestra mejor vía mercantil; esa política cándida sin comparación, con la factura de ferrocarriles costosos, creyendo prestar un servicio al desarrollo nacional, lo ha sumido más hondamente en una improductibilidad indefinida..... En suma, de un país regularmente dotado por la naturaleza para sobresalir, que en otras manos con otros métodos, hubiera alcanzado á ser un estado floreciente, ha hecho un país misérrimo, inconsistente.....

Sin duda alguna, al frente de esta situación anómala, se hace preciso reaccionar; conviene remover de raíz todo el sistema de procedimientos inservibles que no han dado resultado, para reemplazarlos con otros más conformes á los fines propuestos; los dictados mismos de nuestro instinto colectivo, seguros como la exteriorización de todo instinto, nos advertirían de la necesidad de ese cambio, si no dispusiéramos para ello de un conocimiento razonado. El malestar general indefinido que siente el país todo; el deseo inquieto, vago pero visible de salir de esa situación, de vivir una vida menos cohibida, más extensa, la ambición legítima de sobrellevar menos humillaciones, de ponerse á la altura de los pueblos limítrofes..... son los exponentes insospechables de esa tendencia altamente biológica de nuestra nacionalidad.

La única disciplina que podría efectuar esa renovación es la Economía. Una mutación política que tenga por origen las exigencias materiales del ensanchamiento nacional, no podrá ser llevada á término sino por los métodos de la ciencia correspondiente, por los de la Economía que enseña los modos de extraer la riqueza de los elementos brutos circundantes, de amasarla al través de las dificultades innumerables opuestos por la hostilidad de los hombres y las cosas. Empero, la Economía para operar esa transformación, no debe ser el conjunto sincrético de nociones remotas é incompletas, de aprehensiones personales simplistas, ese conjunto extraño é innominable que la incipencia de nuestros políticos ha fabricado para su uso y con el cual ingénuamente, pretende resolver todos los problemas de nuestra vitalidad económica, los más abstrusos; no siquiera debe ser la Economía clásica de fórmulas algebraicas, que indaga la fenomenalidad económica en las generalizaciones de una abstracción pura; debe ser una Economía racional, acomodada á los estadios de nuestro desenvolvimiento social; una Economía que investigue los hechos mismos de nuestra estructura económica, no con arreglo á teoremas generales importados del exterior, sino con criterio propio, emanado del orden en que se suceden esos hechos. Deberá ser ante todo una Economía nacional.

Solo en este caso podemos esperar que nuestra política colocada en una situación exacta, nos lleve á la prosperidad; á la riqueza que representa esa prosperidad.

La riqueza no es un hecho voluntario, como vulgarmente se cree; es una imposición de lo Desconocido, de lo Desconocido que en el trabajo incesante de laborar las visciditudes del destino humano, entrega las armas propias de cada época. No se la busca por el vano placer de poseerla; se la persigue por la fuerza que contiene, y el papel civilizador que desempeña. La riqueza es un factor principal del poder, casi podría decirse que es el poder mismo; ella sola, suministrando los medios contemporáneos indispensables para disponer de los hechos y de las cosas, puede dar el dominio de los hombres y de los acontecimientos; solo ella puede acumular al contorno de una personalidad individual ó colectiva, los medios eficaces de agredir ó defenderse con ventaja en el vasto campo de la concurrencia universal. Su función social exaltadora de la vida, proclamada universalmente, solo ha podido ser desconocida por las divagaciones transcendentales, del ascetismo cristiano ó por las negaciones inquietantes de la filosofía del nirvana.

El poder es un requisito esencial del éxito. En la tenaz lucha por la existencia no triunfa el débil, el inadaptable, cualquiera solo vencen los fuertes, los bien dotados. Los invictos que, después de la jornada quedan dueños de la vida por derecho propio, son los únicos llamados á gustar las sensaciones intensas de una sustantividad completa y los únicos elegidos para transmitir á sus descendientes, enriquecida con nuevas adquisiciones, la pesada herencia de la vida.

Y la supervivencia de los más aptos no es una prerrogativa casual, sin objeto; al contrario envuelve, dentro del determinismo universal, la

extraña facultad de marcar en cada tiempo, el rumbo que deben emprender las sociedades humanas. Los sobrevivientes de la lucha dueños de la situación por ese hecho, son los directores natos encargados de guiar el rebaño humano al través de la vida; ellos son los que, con la conciencia instintiva de su ademán dominador, abren los nuevos surcos por los cuales debe rodar la humanidad futura en la persecución de sus destinos ignorados.

